

7 de abril

Universidad sin condición

La universidad frente a la muerte del hombre. Saber y humanismo

Germán Plascencia

Comencemos y sigamos el debate hoy ¿fin del humanismo, o no?

La idea es que tengamos en mente la ponencia que nos acercó Francisco Galán para su lectura. Lo escucharemos, y luego tendremos la réplica de Javier, de unos veinte minutos. Entonces, haremos circular la palabra entre los asistentes.

Francisco Galán

Muchas gracias a Germán Plascencia por invitarme. Hace mucho que quería presentar estas ideas.

El que sigue es un artículo que escribí hace tiempo y que responde a la teorización del programa que se planteó en la maestría de Educación humanística. Esta maestría se encuentra en nuestra universidad, en el Departamento de Ciencias Religiosas, en la cual me tocó formar parte del grupo que hizo la propuesta. La maestría de Educación humanística tiene dos orígenes diferentes, uno es de cuando el Padre Cacho era el rector de la universidad de Puebla. Él quiso hacer un proyecto de formación de profesores, en el humanismo de la Universidad Iberoamericana. Pero ¿qué es el humanismo de la Universidad Iberoamericana?, ¿qué es el humanismo?...

(El que sigue es el escrito donde Francisco Galán expresa lo que en el seminario –en virtud de los requerimientos de una exposición hablada, y como se aprecia en el video de la reunión- comunica a través del formato power point)

Humanismo y educación: una propuesta para las Universidades en el umbral del siglo XXI

Resumen

Si examinamos históricamente el concepto de humanismo encontramos que no ha existido una única manera de entenderlo. Los humanismos han aportado énfasis a la comprensión y defensa de lo humano. Dichos énfasis se han propuesto como norma para juzgar lo acertado o erróneo del sistema educativo social ¿Cuáles de esos énfasis debemos reiterar en una propuesta educativa para nuestro mundo globalizado? La ponencia expone los fundamentos teóricos del programa “maestría en educación humanista” de la Universidad Iberoamericana. Este programa propone cuatro énfasis en el concepto de humanismo. Un humanismo para nuestra época que recoja lo mejor de la

herencia clásica pero que afronte los retos de hoy, a saber: a) el reto epistemológico; b) el reto social; c) el reto de la crisis de sentido; d) el reto pedagógico. Sin pretender agotar los énfasis posibles se proponen como indispensables estos cuatro y la interrelación entre ellos para animar nuestras Universidades.

1.- El concepto problemático del humanismo

¿No es redundante hablar de educación humanista? ¿qué acaso no toda educación es humanista? ¿Significa todavía algo pertinente la palabra humanismo? ¿No hemos asistido ya en los sesentas y setentas al funeral del “hombre” y por tanto de los humanismos?

Está bien, aceptemos que debemos tener cuidado con la palabra humanismo. Es verdad que no tiene, a lo largo de la historia, una única significación. Es verdad que incluso hay ciertos equívocos entre estos significados, pero con todo es una palabra que nos parece útil, precisamente, por lo rico de su herencia histórica y por las tensiones que lleva en sus entrañas. Y si decir que algo es humano no parece del todo claro, sí es muy preciso el significado de “inhumano” cuando hablamos de una vida inhumana, de una actitud inhumana, de condiciones inhumanas, de un proceso mecánico y burocrático que a todas luces es deshumanizante.

La discusión del humanismo implica aspectos éticos, políticos, económicos, sociales, pedagógicos, pero también ontológicos, epistemológicos, estéticos y culturales. Son demasiados aspectos, tantos como la complejidad del ser humano que somos. En efecto, no somos algo simple, somos conjugados de partículas subatómicas que a su vez se conjugan en moléculas de diversos elementos químicos, como oxígeno, hidrógenos, hierro, magnesio, potasio, que, a su vez, se conjugan en tejidos funcionalmente diferenciados de células, como la enorme variedad de nuestros genes, que, a su vez, se conjugan en la actividad de un sistema nervioso centralizado y altamente diferenciado, comparado, por ejemplo, con el psiquismo de una ameba, que, a su vez, se conjuga en la complejidad de la urdimbre de afectos, recuerdos, deseos, conceptos, etc., de lo que llamamos nuestra subjetividad, la cual no es separable de nuestro lenguaje y por tanto de una enorme complejidad en el tejido o sedimentación de diversos eventos históricos, que efectivamente, por eventuales, podían haber sido otros completamente diferentes y, sin embargo, les llamamos nuestra herencia cultural.

Y con todo, aquí, estamos conversando, pues “hablando se entiende la gente.”

Que nunca sea la palabra humanismo un pretexto para la simplificación, una pereza en la necesidad de pensar.

Con todo la palabra humanismo, decíamos, nos ayuda a enfocarnos en ciertos aspectos, en ciertas tareas que son más necesarias. Desde luego que el criterio de lo más necesario no es unánime: en esto varían los humanismos. Pero, de entrada, notamos en el problema de definir “lo humano” y de decir de lo humano que es lo más necesario, que la denominación humanismo implica un aspecto ético-pedagógico. Es ético en el sentido de conformar un *êthos*, un carácter que no está ya dado y que resulta, además, de una elección libre. Para ser justos el *êthos* es más bien una especie de residuo que dejan en nosotros los actos libres y que nos hace ser el que somos, en el sentido de una identidad histórico-social, que se designa con un nombre o un pronombre, pero que para aludir a ella debemos narrar ciertas acciones y ciertas decisiones. Hay sin duda una profunda paradoja en esto pues, por una parte, el *êthos* es el resultado de los actos libres, pero, por la otra, son libres los actos que provienen de nosotros como *êthos* y no simplemente como una sustancia biológica o como “uno como los demás”

Los humanismos proponen modelos del ser humano, por ello son ideales pedagógicos. Notamos también las profundas paradojas que subyacen a los humanismos, o, si no queremos llamarles paradojas, las tensiones y extremos en que se sustentan. Existe un problema ontológico a la base de los humanismos. ¿Es el ser humano un ente como los demás? ¿reductible al conjunto de los entes intramundanos o es algo específico, algo cualitativamente diferente? Esta complejidad a la que aludimos ¿es sólo una complejidad cuantitativa? ¿Cuál es el puesto del ser humano en el cosmos?

“¿Hay algo en el hombre que sea absolutamente peculiar y propio, que lo coloca, por tanto, en un plano heterogéneo respecto de lo infrahumano; o por el contrario, todo cuanto hay en el hombre no es sino una combinación de factores que ya se encuentran en lo no humano (en lo físico, lo químico, lo biológico, lo zoológico), sin que exista, pues, entre aquél y éstos ninguna solución de continuidad ontológica?”¹

Según Miguel Benzo la clave para responder a esta pregunta está en la aceptación, o no, de la libertad. Esta discusión lleva, también, a una discusión epistemológica sobre el papel que juegan en el conocimiento los datos de experiencia interna o consciencia y sobre la autonomía, o no, del pensamiento abstracto, y, añadiríamos nosotros, sobre la capacidad, o no, del ser humano de hacer juicios verdaderos.

Para el teólogo español citado, la cultura actual enfatiza los aspectos inhumanos por un proceso creciente de tecnificación de la vida humana, sin embargo, hay también una dimensión teórica del problema de la deshumanización. La humanidad ha recibido tres “golpes bajos” que la han llevado a un descentramiento en el modo de entender su puesto en el cosmos.

1) El descentramiento local de la astronomía renacentista. Nuestro planeta es la periferia y es una briznita

2) El descentramiento temporal del evolucionismo del siglo XIX. Que estemos hoy aquí es sólo un eslabón de una larga cadena evolutiva, cuya trama no está en las hazañas de la libertad. El período de la vida humana sobre la tierra es mínimo comparado al de otras especies. Hay una continuidad completa entre la realidad del ser humano y el resto de la realidad infrahumana.

3) El descentramiento psíquico de la psicología del inconsciente de Freud. El yo consciente es un psiquismo que obedece a lo inconsciente, a lo no individual.

Benzo notaba también un cuarto tipo de pensamiento descentralizador y diríamos desacralizador, sólo que ya no de la divinidad divina sino de la humana. Este pensamiento lo situaba en el marxismo, el estructuralismo y lo que llamó Psicología Social. Nosotros hoy lo simbolizaríamos con el nombre de Niklas Luhmann. Tenemos la colonialización del mundo de la vida por los sistemas sociales funcionalmente diferenciados, y con ello la última pérdida de un resquicio del sentido de la vida humana en términos de un núcleo autónomo.

Humanismo e inhumanismo en el plano social.

Pero también tenemos una gran tensión en los estragos de la pauperización, o mejor en el aumento fuera de toda escala entre la riqueza de unos países y el enorme ejército de indigentes que llegan todos los días a estos países.

¹ BENZO, Miguel, *Sobre el sentido de la vida*, B.A.C., Madrid, 1980, pp.10-11.

Si bien la pobreza es un fenómeno milenario, la novedad ha estado en el crecimiento demográfico, mezclado con la autonomía de los ámbitos funcionales sistémicos, que lleva a ver el rostro de todos estos indigentes como un no rostro, como “un dato estadístico más del desequilibrio de los mercados” o bien como “un producto de la falta adecuada de capitalización del campo”, etc. Sin sostener un romanticismo del pasado, para el cual el pobre antes sí era visto cara a cara, lo cierto es que ahora lo será menos, y cada vez parecerá más abrumadora la tarea de encontrar un modo de exigir un respeto a una dignidad humana que ya no es la del “otro” sino la de esta otra, y otra, y otra, y otra más, y estos otros más, y éstos, todavía, otros más, y éstos infinitos más. ¿Quién es mi prójimo?

Este problema masivo ha repercutido también, sin duda, en el problema educativo, es como si ahora nos preguntáramos por un humanismo a escala masiva, lo cual es una contradicción o por lo menos una paradoja. Otra más.

Nuestra propuesta de humanismo y la tradición

En nuestra propuesta de humanismo hay que conservar ciertos logros de otras propuestas, pero hay que buscar colaborar, aunque sea mínimamente, en buscar soluciones para la problemática de nuestra cultura, de nuestro país, de nuestra época.

Reconocemos el gran valor de la *paideia* griega, y aunque no aparezca el término humanismo tenemos ahí una búsqueda de la excelencia humana. Reconocemos también el profundo sentido del humanismo del otro hombre de la tradición judeocristiana. Valoramos también lo justo del reclamo renacentista de recuperar una cierta inmanencia y autonomía de lo humano, simbolizado en su reclamo de incorporar al “humanismo” la belleza artística. Y aunque la mayoría de pensadores actuales condene la modernidad, y aunque la mayoría de cristianos y católicos se hayan sentido siempre despojados por ella, apreciamos el gran esfuerzo apasionado de la búsqueda del conocimiento científico. No puede ser deshumanizante una pasión como la que movió a Kepler, a Newton, a Einstein, a Maxwell, a Schrödinger, a Planck, por citar algunos. No puede significar “humanismo” el rechazo a tal aventura humana, a tal *êthos*, a tal humildad. Los artistas pasan por los “humanistas” o los profesores de las Universidades de Letras, Historia, Filosofía. Ciertamente de Van Gogh a Cuevas o a Botero hay un abismo. Lo que falta en muchos de estos artistas, lo que nos falta a muchos profesores, es esa pasión de los grandes científicos modernos, esa profunda humildad ante la realidad para dignificar la inteligencia del ser humano. Reconocemos también el humanismo de los revolucionarios y exploradores de nuevos órdenes sociales. Nos conmueve la indignación de Zolá, de Víctor Hugo, de José Martí. Manifestamos por último nuestra simpatía al reclamo existencialista de no encasillar al ser humano en sistemas nocionales, conceptualistas, abstractos. Apreciamos la valoración de la dignidad de nuestra muerte, de nuestra finitud, de nuestra soledad y desamparo.

Entendemos que cada una de estas tradiciones puede fácilmente absolutizarse y convertirse en un monstruo deshumanizante. El humanismo socialista, en su forma totalizante, se volvió una pérdida de la libertad, una imposición de la sociedad justa. La cristiandad y los estados judíos han olvidado que fuimos extranjeros y, de este modo, el culto al Dios trascendente no ha tenido tiempo para escuchar la voz del huérfano y de la viuda. Hemos matado en nombre de Cristo Rey. El esteticismo puede degenerar en un *divertimento* poco humano, así como el científicismo se vuelve una ideología de la dominación y de la legitimación de la falta de solidaridad social. Escapismos, ciertamente, pero también un reclamo excesivo y ciego por la justicia y por el otro pueden, como en la obra de teatro Los justos de Camus, generar agentes del

resentimiento, incapaces de reír y de gozar en la poesía, en un gozo que no es ornato como en el hermosísimo poema de Miguel Hernández “Elegía”. Sí, a pesar de los muertos, la poesía transfigura, el deseo puro de conocer nos llama y la injusticia nos indigna.

“Soy hombre y nada de lo humano me es ajeno” (Terencio). Pero, lo humano también nos indigna, lo demasiado humano nos carcome.

2.- La Maestría en Educación Humanista

Tenemos, pues, una larga y rica herencia. Diferentes énfasis. Algunos compatibles, algunos no. En la UIA quisimos hacer una propuesta de un tipo de humanismo acorde para los profesores universitarios de las distintas disciplinas y profesiones. ¿Qué sería una enseñanza humanista de la Ingeniería Civil? ¿Qué sería un sociólogo humanista? Esta propuesta no identifica humanismo con cualquier saber de las humanidades, incluso sostiene que algunos “humanistas” profesionales no lo son en el sentido de esta propuesta. Claro que ellos pueden descalificar esta propuesta diciendo que no es humanista.

La maestría se inspira en su diseño en las ideas del jesuita canadiense Bernard Lonergan (1904-1984) ². Como, desgraciadamente, no podemos desarrollar en este espacio lo que nos parece ser lo relevante de su pensamiento para nuestra época, debemos contentarnos con señalar algunas de sus ideas.

La maestría considera cuatro áreas diferentes pero interconectadas en las que necesitamos hoy hacer nuestra propuesta de humanismo. La propuesta dice que por lo menos se necesitan esas cuatro “áreas”. La propuesta dice que se necesitan las cuatro en un humanismo universitario.

Más que áreas son actitudes de los sujetos, son criterios con los que actuamos. La maestría propone un criterio en cada una de esas áreas. Del existencialismo toma el punto de que no basta con un saber nocional, se trata de un criterio de orientación existencial. Se trata incluso, en muchos casos, de una conversión y de una resistencia al cambio. Este fue un punto ampliamente desarrollado por Lonergan a través de la metáfora del horizonte. El jesuita canadiense tomó del existencialismo y de la fenomenología tal noción y tematizó la importancia de un cambio de horizonte.³

² Fue más un teólogo profesional que un filósofo, pero hizo grandes contribuciones a la filosofía. Fue profesor de la Universidad Gregoriana de Roma, del Boston College, y alguna vez incluso de Harvard. Formado en la tradición tomista, tuvo también un muy buen conocimiento de la matemática y de la física. Mucho de su obra puede verse como una renovación del tomismo aunque es más bien una transformación de éste. Lonergan mismo solía decir que su tarea era incorporar la historia a la teología. Para nosotros uno de sus grandes méritos es mostrarnos que el pluralismo y el relativismo no son idénticos. Sus dos obras monumentales son Insight: A study of Human Understanding, publicado por primera vez en 1957, sujeta a diversas ediciones y recientemente traducida al español Insight: Estudio sobre la comprensión humana, Universidad Iberoamericana-Sígueme, Salamanca, 1999, trad. Francisco Quijano; Y Method in Theology de 1971, traducida al español: Método en Teología, Salamanca: Ed. Sígueme, 1988, trad. de Gerardo Remolina. La obra de Lonergan incluye también Grace and Freedom: Operative Grace in thought of St. Thomas Aquinas; Verbum: Word and Idea in Aquinas; tres diferentes recopilaciones de artículos; diversos cursos sobre su obra con aplicaciones importantes por ejemplo a la educación (Filosofía de la Educación: Las conferencias de Cincinnati en 1959 sobre aspectos de la educación, Universidad Iberoamericana, 1998, traducción Armando Bravo S.J.); y también trabajos sobre economía. La Universidad de Toronto publica las Obras Completas que serán más de veinte tomos.

³ Este tema lo encontramos en Kierkegaard en el problema de la incomunicación entre las esferas de la existencia. Lo encontramos en Husserl en un sentido principalmente cognoscitivo. Lo tenemos también en algunos psicólogos de influencia existencialista como Ludwig Biswanger.

Como sabemos un horizonte perceptivo permite identificar los objetos situados en él, y excluye radicalmente otros. El horizonte, sin embargo, no es un objeto. Es algo dinámico y abierto. Al transferir nuestra metáfora a nuestro tema diremos que Lonergan tematizó la conversión de horizonte en el campo del conocimiento, en el campo de la acción humana y en el campo religioso. Le llamó conversión intelectual, moral y religiosa. Al elaborar el programa de la maestría en educación humanista decidimos añadir a lo tematizado por Lonergan una cuarta: la conversión pedagógica.⁴

La palabra conversión es muy exacta, pero tiene connotaciones peyorativas, por eso lo mejor es que por lo pronto no la usemos. Notemos, sin embargo, que no solamente conviene no emplear esta palabra por esas connotaciones aludidas, sino también porque, por lo menos, hay dos tipos de transformaciones importantes de un horizonte y no sería justo llamar a ambas “conversión”. Hay un tipo de cambio que consiste en una ampliación importante de nuestro horizonte. Sin cambiar nuestro “campo perceptivo” (aunque de entrada hay que evitar ligar la noción de horizonte nada más a lo perceptivo y mucho menos a lo visual) puede haber un incremento significativo de éste. Pensemos en nuestra experiencia cuando hemos “descubierto” que también es profundamente placentero escuchar música de Mahler, o cuando descubrimos la fascinación de leer novelas, o la filosofía de Heráclito. En estos ejemplos podemos, todavía, distinguir una ampliación mayor que sería el ejemplo de descubrir la literatura, el cine, y una ampliación menor como sería descubrir el cine de Tartkowski o los cuentos de Borges. Muy diferente es el segundo tipo de cambio de horizonte que se da cuando hay que hacer una especie de media vuelta respecto al horizonte actual. Este tipo es el que equivaldría exactamente a conversión y produce en el sujeto una fuerte resistencia a cambiar. No se trata sólo de encontrar más y mejor, se trata de cambiar el criterio de lo que es encontrar algo y de cómo se encuentra ese algo. Cuando pensé en un ejemplo del primer tipo y escribí “la filosofía de Heráclito” dudé mucho en el ejemplo. Pensé escribir “descubrir a Heidegger”. En muchos casos el avance en el conocimiento filosófico es un descubrimiento en el primer sentido de cambio de horizonte, en otros casos no. Muchas veces ni siquiera hay un encuentro real con una filosofía, con un filósofo, pues simplemente para entender lo que ese filósofo dice sería necesario cambiar el criterio respecto a lo que es real y lo que no lo es.

En este tema encontramos sumamente iluminador y sugestivo el pensamiento de Lonergan. Reducida al mínimo su propuesta básica, pertinente para nuestro tema, tenemos que tomar en cuenta dos elementos claves: Los distintos niveles que constituyen la subjetividad humana, y la configuración polimórfica de dicha subjetividad.

Nuestro ser humano se despliega propiamente en el campo de la intencionalidad que es lo que llamamos nuestra subjetividad: Nuestras experiencias, deseos, imágenes, conceptos, creencias, juicios de valor, sentimientos. Las actividades intencionales tienen dos características: son conscientes y siempre se refieren a un objeto. Decir que son conscientes es lo mismo que decir que ocurren en un sujeto⁵. No hay “ver”: las cámaras

⁴ Para nosotros ha sido decisiva la insistencia en el tema del Dr. Armando Rugarcía. Véase entre otros: El sentido del trabajo académico, Centro de Didáctica Universidad Iberoamericana, México, 1989; “El culto al conocimiento y la crisis en el quehacer universitario” en DIDAC #21, Primavera 1993, Universidad Iberoamericana, México; “En la búsqueda de la entidad esencial en la docencia” en DIDAC #22, Otoño 1993, Universidad Iberoamericana, México; Educación en valores, 1996, Universidad Iberoamericana Golfo-Centro, Puebla, 1996.

⁵ No debe tomarse “consciencia” como consciencia refleja, la cual es un modo superior de la actividad consciente pero no el único. “Consciencia” es el mero percatarse de la manera mínima que sea. Por ejemplo, al soñar hay actividad consciente.

de televisión no ven. Las computadoras no piensan, no recuerdan. Yo veo y siempre veo algo. Yo imagino e imagino algo.

Tal actividad consciente se caracteriza, entre otras cosas:

1) Por grados de intensidad diferentes, que podemos describir como actos conscientes que pertenecen a diferentes niveles. Así, por ejemplo, cuando veo o huelo algo soy consciente de una manera diferente a cuando pregunto por algo que me intriga, o a cuando delibero sobre el mejor curso de acción. Los niveles se agrupan del siguiente modo:

1o Nivel de la experiencia - ver, oír, oler, tocar, gustar, “experimentar internamente”-;
2o nivel de la comprensión inteligente- preguntar, imaginar, entender, concebir, formular-;

3o nivel del juicio racional- deliberar, ordenar y ponderar la evidencia, juzgar-;

4o nivel de la deliberación y acción moral- planear, evaluar los cursos posibles, decidirse, actuar-.

2) Por ser un flujo que siempre se presenta configurado o moldeado según ciertos intereses o fines.

Patrón biológico de experiencia- el fin es sobrevivir, evitar lo nocivo-;

patrón estético de experiencia- el fin es la experiencia como experiencia-;

patrón intelectual- conocer por conocer-;

patrón dramático- lograr el reconocimiento-;

patrón de sentido común- vivir mejor-;

patrón religioso- el amor sin condiciones, el último sentido-.

Pues bien, esta complejidad de la subjetividad humana tiene que diferenciarse, desarrollarse, pero tiene también que integrarse. Tiene que diferenciarse, desplegar su actividad en los distintos niveles y patrones. Por ejemplo, en el llamado segundo nivel de nuestra actividad inteligente, el sujeto inteligente que somos tiene que entender de diversas maneras y tiene que estar a gusto, estar en casa en esos campos diversos de la significación, en esos modos diversos de entender. Del mismo modo el sujeto responsable y libre que somos debe diferenciar sus juicios de valor y descubrir nuevos valores y enriquecer su vida. Del mismo modo en los distintos patrones o configuraciones nuestra subjetividad debe irse desplegando y diferenciando.

En nuestra incapacidad de crecimiento sostenido y diferenciación adecuada de distintos campos, pero, sobre todo, en el problema posterior de la integración encontramos lo que nos parece la pertinencia de nuestro tema anterior de la conversión.

3.- El reto de la apertura intelectual

Digamos que todos tenemos un horizonte constituido por lo que la filosofía llamaría nuestras convicciones epistemológicas y ontológicas. Este horizonte proviene principalmente de nuestra actividad consciente tal como se despliega en lo que llamamos el patrón biológico de experiencia. En este patrón lo más importante es lo ya ahí ahora afuera. La actividad inteligente es importante pero no es tan importante como ver, oír, oler, tocar, gustar. Tenemos también un despliegue del patrón del sentido común, con sus exigencias prácticas que nos impone ciertas convicciones epistemológicas. El criterio de realidad del sentido común son las consecuencias prácticas para la vida diaria. No hay nada de malo en ambos patrones, el problema está en que al empezar a crecer en el patrón intelectual de experiencia, el cual es también parte de la vida humana, los criterios de realidad de los otros patrones empiezan a

mezclarse y a chocar con el criterio inmanente al despliegue del patrón intelectual. Ese patrón o configuración se constituye por el deseo puro de conocer.⁶

El patrón intelectual de experiencia considera importante la experiencia, pero ésta no tiene el papel central que tiene en el biológico. Es mucho más importante comprender esa experiencia, y a diferencia del sentido común, es muy importante comprenderla no en la relación inmediata de las cosas con nosotros mismos, sino de las cosas entre ellas. En el patrón intelectual de experiencia es muy importante comprender explicativamente, comprender la realidad en toda su complejidad. El sentido común también es inteligente pero aquí la inteligencia no obedece a sus criterios inmanentes. Además, el sentido común cree que lo sabe todo, “para qué tanto brinco estando el suelo tan parejo”. El sentido común razona y delibera críticamente sobre si entendió o no correctamente, pero lo hace con un límite que rápidamente se alcanza si no hay consecuencias mayores, el patrón intelectual exige en cambio proceder con más cautela, con más frialdad, con más desapego. El patrón intelectual de experiencia dio lugar históricamente al surgimiento del mundo de la teoría, un nuevo campo de la significación, que entró en grandes tensiones con el mundo del sentido común, allá por el siglo V a.C. en Grecia. Muchos siglos después en el surgimiento del mundo moderno, el mundo de la teoría volvió a diferenciarse con grandes dolores de parto, con una tensión muy difícil y dolorosa al separarse ciencia y filosofía y dar lugar a las perplejidades en las que estamos.⁷

“Humanismo” no es, para nosotros, el retorno simple al pasado no diferenciado. Ciertamente es añoranza de integración, del sujeto compacto que fuimos⁸. “Cuando el bebé ríe todo el bebé ríe”, pero, la estrategia pertinente debe ser una “recuperación” de una segunda inmediatez.

Compartimos con Husserl y con Heidegger esta nostalgia de la unidad rota, pero discrepamos en la negación del valor de las diferenciaciones, pues es una negación del desarrollo. Claro que además del desarrollo existe la decadencia, pero la simple añoranza del pasado idílico, ni se puede recuperar históricamente y nos condena a una simple pasividad nostálgica de amargura y resentimiento. Además, en nuestro país tal condena, por ejemplo, a la ciencia, en nombre del fatalismo de la época de la técnica, nos parece completamente desafortunada, peligrosa, e, incluso, soberbia, pues no hay muchas veces en el campo humanístico una verdadera actitud de querer saber. Recordemos a George Steiner quien vino a decirnos en algún festival de la Ciudad de México que los “humanistas” vivimos en el pasado, con la convicción de que no habrá un nuevo renacimiento, un nuevo Shakespeare, un nuevo Heidegger, y que, además, el gran comentario a Shakespeare ya está hecho⁹.

Nuestra consigna humanística es, en el fondo, una nueva proclama del valor de la filosofía, el amor a la sabiduría, sin creernos que ya por ser filósofos somos los humanistas *per se*. Buscamos redescubrir el asombro, la humildad, el misterio, el afán de colaborar en la aventura humana del conocimiento.

Pero tampoco aceptamos la simple diferenciación sin intentos de integración, de complejizar. Rechazamos la pura especialidad por la especialidad.¹⁰ Esa

⁶ También podría tematizarse la interferencia de los patrones biológico y del sentido común con el estético.

⁷ Para contar la historia con más detalle deberíamos incluir también el surgimiento de la consciencia histórica del siglo XIX y el surgimiento de las ciencias sociales. Por supuesto cada uno con sus nuevas y difíciles “tensiones”. Cfr. Método en Teología, op. cit., cap. 3

⁸ En estas ideas, y tal vez muchas más de este texto, debemos confesar la influencia en la interpretación de Lonergan de Phil McShane, A Brief History of Tongue: From Big Bang to Coloured Wholes, Axial Press Inc., Halifax, Canada, 1998

⁹ Perdón por citar de memoria pero a Steiner lo escuché por radio.

¹⁰ “¿Entonces tú eres acaso el conocedor de la sanguijuela?, preguntó Zaratustra; ¿y estudias la sanguijuela hasta sus últimos fondos, tú conciencizado?”

‘Oh Zaratustra, respondió el pisado, eso sería una enormidad, ¿cómo iba a serme lícito atreverme a tal cosa!’

hiperespecialidad en la que la propia filosofía ha caído es un grave peligro. Paradójicamente requerimos especialistas atentos a la complejidad, por lo menos capaces de decir qué cosa de la realidad están estudiando, y para ello se necesita la metafísica, nuestra semántica básica. La estrategia con la que se busca reintroducir la metafísica es pensando a ésta como una meta-metodología¹¹. El especialista, atento a la complejidad, es alguien que conoce los distintos modos de entender, aunque, por supuesto, no sabe todo de todo. Entiende que hay distintas maneras de entender y trata de comprender la relación de su parte con el todo. Para ello necesitamos cambiar nuestra idea de que entender es ver, el criterio de objetividad erróneo que se sigue de tal idea, y la noción de realidad. Y para todo esto, también resulta un poco paradójico, lo principal es estar atento a uno mismo, a conocer exactamente lo que realiza uno cuando conoce.

4.- El reto de la responsabilidad social.

No parece necesaria una argumentación como la del punto anterior para convencernos de que nuestro humanismo debe recoger lo mejor de la tradición judeocristiana, de hacernos cargo del extranjero, del huérfano y de la viuda. Lo que sí parece todavía estar en discusión es la manera de articular los esfuerzos para la promoción de los pobres. La caída del muro de Berlín diluyó la alternativa al capitalismo, que muchos humanistas postularon desde el siglo XIX. En América Latina el sucedáneo de los acalorados debates entre capitalismo y socialismo o comunismo lo ha constituido el debate sobre el neoliberalismo. De modo que si bien, sin duda, tendríamos un consenso sobre incluir el punto de la responsabilidad social en una actitud humanista para el mundo de hoy, estaríamos muy lejos de tal consenso, en la manera de traducir esto a nuestra práctica social. Por un lado, grandes pensadores y grandes personas consideran que el camino es una resistencia heroica a la colonialización del mundo de la vida. Frente a la autonomía de los sistemas sociales que se han vuelto sistemas funcionales autorreferentes no tenemos otra salida que la de ser francotiradores. Por otro lado hay quienes consideran que las tareas de la ética social han quedado canceladas, y que si aún queremos hablar de ética sólo lo podemos hacer en el terreno de la acción individual.

Es aquí donde resulta imperioso asumir la totalidad y la conexión de las áreas que estamos proponiendo. Frente a las posturas que diluyen la posibilidad de una transformación de los sistemas sociales por parte de los individuos, debemos acudir a las convicciones religiosas no sujetas a negociación, y sostener, por lo menos, lo insuficiente de nuestras acciones individuales, y la permanente necesidad de, cómo señaló el P. Kolvenbach S.J., colocar a los pobres en el centro del discernimiento de nuestros planes universitarios y de nuestros proyectos de investigación. La pregunta sobre cómo beneficia una determinada acción, un proyecto de investigación, un nuevo programa, etc., a los pobres, debe ser el fiel de la balanza en nuestras decisiones.¹²

Por otro lado, necesitamos ante todo volver a preguntarnos, si hemos entendido correctamente cómo funciona el sistema económico, ¿hemos entendido los mecanismos

En lo que yo soy un maestro y un conocedor es en el *cerebro* de la sanguijuela: -¡ése es mi mundo! ”
(*Así habló Zaratustra: Un libro para todos y para nadie*, Tercera Parte “La sanguijuela”, Alianza Editorial Mexicana, Madrid México, 1972, traducción Andrés Sánchez Pascual, p.337)

¹¹ “Un método es un conjunto de directrices que sirven para guiar un proceso hacia un resultado. El resultado que buscamos es la metafísica explícita esbozada en la sección anterior. Consistiría en una indicación simbólica del ámbito total de la experiencia posible, en un conjunto de actos de intelección que unifican dicha experiencia, y en una aprehensión del incondicionado virtual, expresado en una afirmación razonable de la visión unificada”.
(*Insight: Estudio sobre la comprensión humana*, p.471)

¹² Cfr. KOLVENBACH, Peter Hans, *Cinco mensajes universitarios*, Universidad Iberoamericana, México, 1991.

de producción de capital?, la manera de producir la riqueza; ¿tenemos una ciencia económica lo suficientemente desarrollada? ¿no habrá ciertos sesgos en la manera de concebir la realidad económica por parte de nuestros mejores pensadores? ¿Podemos en México contentarnos con que la gente que estudie economía o bien piense que como en otras ciencias sociales el asunto es tener “buena labia” y buenos reclamos para ser un científico del campo?, o bien, pensar que hay dogmas inflexibles y que la econometría constituye un verdadero entendimiento de la economía, cuando ni siquiera estemos, tal vez, midiendo exactamente lo que verdaderamente es significativo de medir.

El nombre de Bernard Lonergan `puede ser, aquí, otra vez, relevante. Lonergan vivió después de la gran depresión económico el problema del hambre, la pobreza. Vivió los esfuerzos de muchos hombres de buena voluntad, incluyendo los de los seguidores de la doctrina social de la Iglesia, que con grandes propósitos fueron completamente ineficaces en sus acciones. Lonergan solía decir que mientras Marx estuvo 20 años sentado en el museo británico estudiando ningún católico lo había hecho así. Su conclusión fue que era necesario comprender primero el funcionamiento de la economía y posteriormente hacer juicios de valor sobre tal funcionamiento.¹³

Con la economía nos pasa algo parecido al asunto de la ciencia y de la técnica. Nuestro mundo de sentido común se alimenta de los productos de la ciencia, los consume, pero hay un abismo tremendo respecto a captar la inteligibilidad del asunto. En nuestros centros humanistas criticamos acremente a la ciencia, pero somos profundamente ignorantes de ella. Con la economía nos pasa lo mismo. Todos vivimos sus efectos, todos criticamos y proponemos recetas, pero somos profundamente ignorantes.

Aunque debatida en gran extrema, la visita de Michael Novack a la UIA, trajo para mí cosas muy buenas. Él dijo que si no estábamos de acuerdo en su propuesta, maravilloso, pero que debatiéramos apasionadamente: ¿qué produce la riqueza de algunos países, de algunos individuos? ¿cómo podemos encontrar condiciones, instituciones que lleven a un desarrollo económico? ¿cómo promovemos la inteligencia sobre estos asuntos, y sobre los asuntos generales de la responsabilidad social?

Nosotros no tenemos aquí la respuesta. Lo que queremos señalar es la necesidad de que la ética social, la actitud humanista, se caracterice más por su fuerza propositiva que por su denuncia profética, la cual, sin duda, se necesita también. El punto central en la ética es entender que estamos en la historia y tenemos una responsabilidad. En todas las situaciones históricas, en todas las culturas, siempre tendremos progreso y decadencia. El bien humano tiene una estructura triple: implica un aspecto de particularidad, el bien concreto, particular, esta manzana, esta casa; pero por ser inteligentes el bien humano es, también, un bien de orden, un esquema de recurrencia de bienes, el cual en lo social implica las habilidades de los sujetos, la colaboración, la confianza para colaborar, los recursos materiales, etc, etc.; Finalmente el bien humano implica una dimensión valorativa. Por ser seres racionales y no sólo empíricos e inteligentes, nuestras elecciones no son automáticas. Nos preguntamos si en verdad vale la pena tal acción, tal empresa. “No sólo de pan vive el hombre” y por ello descubrimos y proponemos las razones para emprender diversas tareas y acciones.

En la vida humana lo más importante de la reflexión ética es su aspecto de planeación, de aventura, de vocación, de empresa, de posibilidad. Esto es más significativo para la

¹³ En tal propósito se empeño, a la mitad de los años cuarentas y al final de su vida. Tenemos ya dentro de las Obras Completas los volúmenes dedicados al tema: Collected works of Bernard Lonergan Vol. 21: For a New Political Economy, Philip McShane (Editor), Toronto, University of Toronto Press for Lonergan Research Institute of Regis College, 1998; Collected works of Bernard Lonergan Vol. 15 : Macroeconomic Dynamics: An Essay in Circulation Analysis, Fred Lawrence (Editor), Toronto, University of Toronto Press for Lonergan Research Institute of Regis College, 1999.

libertad que las condenas negativas de ciertas acciones, que sin duda, decíamos, a veces son necesarias.

En el progreso descubrimos nuevos valores, implementamos nuevas estructuras, nuevos esquemas de recurrencia de bienes particulares, que son producto de chispazos inteligentes de algunos individuos, de la comunicación de estos planes a otros y de su ulterior consentimiento. También existe la decadencia. Valores ya descubiertos, órdenes excelentes, se colapsan. Ocurren males particulares, se hacen recurrentes, se acepta como valioso lo que perpetúa esa situación. Se proscribire el desarrollo de la inteligencia desapegada.

El humanista debe denunciar la decadencia, señalar las aberraciones, pero más importante es su tarea en la promoción del progreso, del desarrollo humano, en el aliento de los planes. Pensemos en un matrimonio que ya no se soporta, donde ya no hay planes. La vida humana se vuelve invivible. Frente a los disfuncionamientos económicos, lo que debemos es de proponer planes viables, pequeñas mejoras quizás, proyectos de beneficio para la gente pobre. Empresas que sean socialmente responsables. El punto es mostrar cómo puede ser efectivamente mejor nuestra vida. Si la dinámica de la decadencia es mayor a la del progreso, y el deterioro acumulativo es insostenible, entonces, sí, procede una moral heroica, de resistencia completa, de revolución. Sólo que tales situaciones son excepcionales.

5.- El reto de la crisis de sentido.

Un mero humanismo es profundamente inhumano. La vieja disputa de los humanistas socialistas por no incluir la trascendencia en el humanismo por considerarse un factor de distracción de las tareas de la justicia (CAMUS) ha quedado superada. En el mismo Camus, en Los Justos, ya encontrábamos que la justicia a ultranza se vuelve venganza y resentimiento, no defensa de lo humano.

La vieja disputa de los inicios de la modernidad sobre si la idea de Dios robaba al ser humano su dignidad, ha quedado superada. No es ese el problema actual. El problema actual es que se nos volvió un dogma la muerte de Dios y con él nos pasó, lo que no pensábamos que pasaría: la muerte del ser humano.

Sólo Dios garantiza el profundo misterio que hay en cada ser humano. Sólo Dios da a la vida humana, a cada vida humana, esa hondura que nos da el amor. ¿Tenemos compañía o no? ¿tenemos una última compañía, un último compañero o no? Si tuvimos la dicha de ser amados por nuestra madre o por nuestro Padre recordaremos la sensación de quedar huérfanos. Ese vacío que se abre en nuestros pies, como si cayéramos sin piso. La sensación de ser amado es la sensación de ser soportado. El bebé que es cargado y soportado y aprende en su estado de yecto original, no el ser arrojado sino el ser soportado, el ser cobijado, el ser sostenido. Qué terrible es el no saberse amado, el saberse rechazado de los padres, abortado. Cuánta violencia genera nuestra inseguridad ontológica. ¿qué nos queda si nos vamos a morir? Nos queda el placer y el poder. El placer porque es extático y nos descansa de nuestra consciencia de estar arrojados y no soportados. El poder porque nos da la sensación de ser autorreferentes y sostenidos en nuestra voluntad.

Que terrible ha sido el sábado santo. Ya ha pasado el duelo del viernes santo. Estamos en la orfandad cultural.

¿Qué tal si sí fuera cierto? que estamos en medio de una conversación, a la que hemos sido invitados. ¿qué tal que no hay un silencio sepulcral en las novias y super novias, en las millones de millones de galaxias? ¿qué tal si la palabra, efectivamente estaba en el

principio? Cómo agudamente señaló Steiner, el humanismo se origina no en Grecia ,sino en la tradición judía, en la tradición de la palabra. El socialismo fue el último gran intento porque era una palabra promesa. Sin amor no hay promesa ,no hay planes. No hay respeto. ¿De qué sirve que la víctima implore al verdugo “Por el amor de Dios no me mate”?

No nos basta un humanismo de la conversión intelectual y de la responsabilidad social, queremos un humanismo de la resurrección de la palabra.

6.- El reto pedagógico

La educación es la verificación de un sistema filosófico. Con la aparición del fenómeno masivo de la educación por querer educar a todos, casi, no educamos a nadie. En las universidades tenemos a grandes investigadores o profesionistas que, ciertamente, dan clases pero su docencia está centrada en ellos mismos, no en los alumnos que les escuchan. La dignidad de la persona humana tiene su traducción en el ámbito pedagógico en la convicción de que la razón fundamental de ser del proceso educativo es absolutamente cada uno de los alumnos. Éste de aquí, y éste, también, cada uno. El siguiente semestre, el siguiente año, otra vez, con cada uno, diferente.

Es importante superar el realismo mágico pedagógico, pensar que porque el profesor lo dijo en clase por eso ya entendieron los alumnos, ya hicieron suyo ese valor. En el aspecto únicamente de desarrollo de la inteligencia de nuestros alumnos estamos muy rezagados. No transmitimos, especialmente en México un gusto por entender, por comprender el misterio en que habitamos. Es verdad que estrictamente no transmitimos nada, pero los profesores jugamos un importante papel, si bien no como causas eficientes del proceso, sí como causas instrumentales. A nivel de los juicios de valor estamos más rezagados, se necesita una verdadera revolución pedagógica. Cada día es peor, cada día la “educación” encoge a los sujetos humanos en lugar de agrandarlos. A veces a los 7 u 8 años es demasiado tarde. Los niños ya están enanizados. En la universidad ya es casi imposible. Todavía hay heroicas excepciones. Aún quedan unos pocos maestros quijotescos, seductores y pervertidores de la juventud. Aún quedan maestros que hacen de su clase una verdadera seducción, un festín, un encuentro con el Misterio.

Conclusión

Aprovechemos el año 2000 para lanzar una nueva proclama. Retomemos nuestras ricas tradiciones humanistas, pero marchemos con ellas a enfrentar nuestro mundo. Nuestra responsabilidad ética es con el impulso del progreso en la historia y con el freno de la decadencia. Alentemos eficientemente las búsquedas y las ideas de nuestros alumnos. Volvamos a apreciar el papel de las grandes ideas, de la teoría. Volvamos también a apreciar algunos grandes valores caídos en el olvido.

No nos basta con un aprecio teórico incapaz de entender la responsabilidad social, pero tampoco nos sirve la miopía del mediano y largo plazo y el deprecio a las ideas por la urgencia de la justicia. Tal vez estamos pidiendo mucho al señalar que necesitamos hoy en nuestras universidades un humanismo de estas cuatro áreas, por lo menos de estas cuatro áreas, tal vez haya más, pero ni una menos de estas cuatro áreas. No separadas, no confundidas.

Es muy importante recuperar la consciencia histórica, del pasado, pero también del futuro. Es sobre todo en el futuro donde la fe juega un papel crucial de alentar la esperanza, el optimismo. Desde luego no inmediato. Nosotros tal vez no veamos los resultados, pero tal vez estamos incubando un mejor siglo XXV.
¿Estamos pidiendo mucho?

Javier Prado Galán:

Réplica a la ponencia del Dr. Francisco Galán: “Humanismo y educación: una propuesta para las Universidades en el umbral del siglo XXI”

1. Sobre el concepto “humanismo”

Me interesa recordar aquí el interesante viraje que se dio en torno al “humanismo” en la segunda mitad del siglo XX. Todos conocemos el estimulante planteamiento de Jean Paul Sartre en su conferencia “El existencialismo es un humanismo”. En ese escrito el autor francés recurre al arrojamiento de nosotros en el mundo en la prescindencia de Dios para hacer notar que la auténtica libertad sólo se logra al margen de los valores objetivos. De ahí a una ética de situación sólo hay un trecho. Sin embargo, esta prescindencia de Dios lleva a Sartre a potenciar lo humano, “pasión inútil” que quiere ser la de “un condenado a la libertad” que abandona la “mala fe”.

Un segundo hito, también conocido de todos, es el que tiene que ver con el marxismo humanista. Los nombres de Schaff, Garaudy y Bloch son de referencia ineludible. Estos marxistas intentaron mirar en las entrañas del Marx joven para asaltar de este modo la riqueza humanista del autor de “La ideología alemana”. “Los manuscritos económico-filosóficos” dan cuenta de esto al sobrevalorar el proceso de alienación que se da en la producción. El hombre total, equivalente al hombre nuevo de Pablo y del Che, se magnifica en este mismo escrito.

Aquí es donde coincido con el planteamiento de Paco. El tercer hito corresponde al estructuralismo, y quien lo planteó con mayor contundencia fue, sin lugar a dudas, Michel Foucault en “Las palabras y las cosas”. La “muerte de Dios” nietzscheana queda atrás para dar paso a la “muerte del hombre”. El estructuralismo facilitó las cosas. Ahora seremos sólo “usuarios del lenguaje”. El sujeto se ha perdido. Ya no es yo quien dice yo, y esto lo digo contra Benveniste. Sogol le dice a Logos, léase a Dufour, somos ahora cautivos de la locura unaria, de la psicosis más atroz.

No quiero decir, con este recorrido, que vayamos a los brazos de Maritain y su humanismo integral. La universidad debe ser el espacio donde el humanismo se piense y sin dogmatismo se asuma que las cosas pueden ser mejor. Rorty insiste en que entre el conocimiento y la esperanza, mejor renunciemos al conocimiento –el tan llevado y traído “fin de la filosofía”- y optemos por la esperanza. Yo creo que pensar es buscar. Que no debemos renunciar a buscar, aunque sepamos que hoy más que nunca, en la era del simulacro, es casi imposible dar con la verdad. Que la verdad sea un consenso, también eso puede ser puesto en entredicho, hoy que los consensos se tornan imposibles, pero también hoy los disensos parecen tampoco tener lugar entre nosotros.

Creo que nos debemos seguir preguntando si la difícil línea que nos separa del animal revela sólo una diferencia cuantitativa o cualitativa. El hombre es un animal evolucionado, o bien, el hombre es un ser racional con dignidad, o bien, el hombre es un hijo de Dios. Todo ello a debate. Lo que no debemos pasar por alto, y ello es el punto de partida de esta discusión, es que el hombre es, ya lo dijo Gehlen, “un ser carencial”.

Unamuno usó otra metáfora: “somos monos inadaptados”. Lo cierto es que este ser indefenso aparece hoy en día como aquel que cree poseerlo todo, olvidando que sólo es, en definitiva, “un habitante de la frontera”.

La técnica es “imposición”. Así traduzco yo el “Ge-Stell” de Heidegger. Otros dicen “persuasión” o “emplazamiento”. Y el sentido del “la ciencia no piensa” del Heidegger de “Carta sobre el humanismo” no es otro sino el de una ciencia instrumental, dominada por completo por la técnica. Quizá aquí tenga razón Badiou: Heidegger exagera los alcances de la técnica. Lo mismo hacen Baudrillard y Virilio. Un ejemplo, mientras McLuhan decía que los “medios son extensión de nuestros sentidos”, Baudrillard asegura que son “expulsión de nuestros sentidos”. Demasiado hiperbólico para ser cierto. Tiene razón McLuhan, no creo que la tenga Baudrillard. ¿Hacia allá vamos?

2. Sobre los retos del humanismo

Paso ahora a analizar los retos de la propuesta humanista de Paco. Paco nos habla en primer lugar del reto de la apertura intelectual. Paco valora la experiencia, pero también la racionalidad. Yo quiero hacer mía en este momento la propuesta de Henri Bergson: ni instinto ni inteligencia, mejor intuición. El instinto es propio de los animales. La hormiga es el animal que ha desarrollado el instinto en grado sumo. El hombre, sobre todo el del siglo XX, es que ha desarrollado la inteligencia, como sinónimo de racionalidad, en grado sumo. Es necesario intuir, mirar dentro, de “intus”. Pero qué intuir. Bergson no duda en sugerirnos intuir la duración. Intuir ese proceso tan psicológico y personal de refluir el pasado en el presente. Esto es experiencia. Y esta intuición está emparentada con toda la filosofía que preconiza el conocimiento singular, está emparentada con la intuición singular de Occam, con el conocimiento singular de Spinoza, con todo el empirismo y, en nuestro siglo, con la inteligencia sentiente de Zubiri.

En cuanto al reto de la responsabilidad social, Paco, por un lado, censura el neoliberalismo y, por otro, agradece el neoconservadurismo. Disentimos de él. Es necesario seguir recreando el liberalismo igualitarista de Rawls. Podemos hacerlo desde el marxismo analítico o desde la propuesta de la igualdad de recursos de Dworkin. Lo que importa es poner en cuestión el anarcocapitalismo de Nozick. No es posible ni conveniente plantear el problema de la justicia en términos de apropiación original, de transferencias voluntarias o de rectificación de las injusticias. Cuestionar el que Will Chamberlain no pague impuestos es un imperativo de nuestro tiempo. Todos debemos responsabilizarnos de la sociedad porque sigue teniendo razón el Gran Inquisidor de los Hermanos Karamazov: “todos somos responsables de todo y de todos y yo más que todos”.

En cuanto al reto de la crisis de sentido, Paco cuestiona a los humanismos que prescindan de la trascendencia. Han pasado ya los tiempos del secularismo. Vivimos ahora un retorno a la religión. No hay que espantarnos de que algunos defiendan un humanismo ateo. Ya resaltaba yo el valor de la postura de Sartre líneas arriba. No vaya a ser que los “cristianos anónimos” se nos adelanten en el Reino de los Cielos. Deberíamos pensar en el sentido profundo de la frase de Hegel: “un Dios sin mundo, no es Dios”. Nos remite al hecho de la encarnación. Casaldáliga lo meditaba así en el Matto Grosso: “en el vientre de María el verbo se hizo carne, en el taller de José, el verbo se hizo clase.”

Finalmente, el reto pedagógico. Coincido aquí plenamente con el discurso de Paco. No a la pedantería. La pedantería exalta el conocimiento propio por encima de la necesidad docente de comunicarlo. El pedante pedagógico ignora las necesidades de sus alumnos.

El pedante no comprende que haya estudiantes que no compartan espontáneamente la afición que a ellos les parece una obligación intelectual evidente por sí misma. El mal pedagogo empieza a explicar la ciencia por sus fundamentos teóricos en lugar de esbozar primero las inquietudes y tanteos que han llevado a establecerlos. El pedante se dirige a sus alumnos como si estuviese presentando una comunicación ante un congreso de sus más distinguidos y exigentes colegas, todos los cuales llevan años dedicados a la disciplina de sus desvelos, en el fondo, el problema del pedante es que no quiere enseñar a neófitos sino ser admirado por los sabios y probarse a sí mismo que vale tanto como el que más. Es necesario superar esta pedantería pedagógica.

Quiero simplemente para terminar, señalar que tanto Paco como yo hemos patentizado la necesidad de que la universidad sea humanista, nos ha faltado precisar en qué sentido toda universidad es, por el hecho de serlo, humanista. Es lugar común afirmar que si el humanismo se ausenta del recinto universitario, estamos entonces ante un tecnológico u otro tipo de escuela, pero no ante una universidad. Invito a todo el público a abordar esta cuestión: ¿es toda universidad, por definición, humanista?

Alberto Montoya

Quisiera agradecer esta exposición y esta réplica pues es relevante que nos planteemos estas preguntas. Sugiero profundizar en algunos de los temas que aquí se han planteado. Mi reflexión va en el sentido de la necesidad desde el punto de vista filosófico, de la demostración. Es decir, no es suficiente afirmar que yo prefiero una concepción o me gusta más otra concepción, me siento más cómodo con este concepto. Se trata de demostrar, esa es la tarea que tenemos. Ciertamente se ha aprendido bastante, y a lo largo de muchos siglos, sobre lo humano. Más recientemente hubo muchas aproximaciones y esfuerzos: esta idea fisicalista, de distinguir al humano, por su tamaño de cráneo, por su posición erguida, por la oposición del pulgar, etc. Ha habido muchas aproximaciones para hacer esa diferenciación. Sabemos que ha habido muchas respuestas, pero, tenemos que aprender de todas ellas.

Algo me parece que debemos recuperar de todas esas extraordinarias aportaciones, y es la idea de que lo humano, es una auto constitución histórica, que no nacimos humanos; y precisamente todas las investigaciones de los últimos 200 años: tanto los estudios derivados de la teoría de la evolución como de manera mucho más contundente con las investigaciones genéticas. Sabemos que compartimos el 40 % de los genes con las moscas y el 97% con los chimpancés de manera que no es un tema de diferenciación orgánica, física, es otro el tema. También hay aquí aportaciones, desde Aristóteles retomadas por Hegel, que nos plantean el gran tema de la libertad: ¿qué es lo que constituye la libertad? Me parece que es este un elemento fundamental que hace al núcleo de lo que deberíamos demostrar.

Otra segunda cuestión: me parece derivado de lo anterior, es que si hay una demostración esta demostración pide acción, pide una ética, pide un comportamiento y

otorga un sentido a la libertad. Gran parte de la discusión de los últimos 100 años está en esta auto referencialidad de la libertad, y en la medida en que estamos en ese mundo no estamos en el mundo de la verdadera ética. Creo que culturalmente estamos avasallados, por esa que no es una verdadera ética. Este es un asunto que deberíamos plantear como una cuestión sustantiva, estructurante de cualquier esfuerzo de reflexión llamada humanista y por lo tanto también como un criterio pedagógico.

Como tercera cuestión, planteo que si esto es así entonces la libertad no es un capricho, no es una mera contingencia, tampoco es un azar o una determinación. Es una auto constitución consciente, que toma en cuenta al otro. Me parece que esto es algo donde debemos re educarnos, porque en efecto estamos sometidos a la unidireccionalidad de la racionalidad tecnológica, que desde Weber, a su vez con mucha fuerza, por varios filósofos en los 60, 70, ha sido denunciada. La racionalidad tecnológica, no es lo más propiamente constitutivo de lo humano, sino la racionalidad ética.

Me parece que sería muy importante, por último, plantearnos, no solamente una propuesta pedagógica sino, una propuesta metodológica, en la medida, precisamente del reconocimiento de esa gran complejidad. No sé si la idea no sería un nuevo “centro”. La idea de centro en sí misma, es una idea que, probablemente de suyo, como diseño, no nos conduzca a la construcción. Más bien, podríamos tal vez, pensar en una apertura a un diálogo demostrativo, que parta de un reconocimiento. La verdad en sí misma y su búsqueda, incluye un elemento ético que es la obligación de aceptarla. Es decir, la verdad no es sólo un elemento gnoseológico, epistemológico, sino que es en sí misma un imperativo de reconocer aquello que se demuestre verdadero. Esa es la gran tarea de la universidad. Me parece que eso abriría enormes posibilidades de contribución a una condición humana extraordinariamente deshumanizada.

Perla Chinchilla

Hay tres puntos que quisiera tocar; uno es una sugerencia: ¿qué pasaría si sustituimos el concepto de humanismo, por el de ecologismo? A mí no me preocuparía que desapareciera el humanismo, y fuera sustituido por algo así como el ecologismo. Lo estoy pensando en términos del Budismo: el problema de la vida, del sufrimiento, como el eje que estructura la estancia aquí en la Tierra. Me pondría a pensar en ecologismo en términos muy globales. Esa sería una primera propuesta, qué ejercicios se podrían hacer con respecto a esto.

Lo segundo: como historiadora pienso que no se puede hablar de “transición”; como decía un profesor, ¿qué piensa quien vive en una transición?, siempre estaríamos en una transición. Pero este camino hacia la globalización, paradójicamente, nos lleva al universalismo. La verdadera oportunidad de universalismo está al frente, con la globalización. Nos asombra la posibilidad de ver las diferencias con respecto a las otras culturas, que antes no existían para nosotros. Históricamente, las culturas estaban aisladas y no se veían unas a otras, y si se las veía se las tomaba como “salvajes”. La posibilidad nuestra ahora, es la de ver al otro como diferente.

Lo tercero, sería que creo que vamos hacia un policentrismo sistémico, no creo que vayamos hacia un centro, sino al contrario. Venimos de una sociedad estamentaria con un centro único, con un meta código religiosos, etc., y creo que el problema que tenemos es un problema de identidad, porque estamos saliendo de un centro único a un espacio policéntrico, y tendremos que adaptarnos a esa situación, que quizá sintamos como esquizoide pero quienes nazcan dentro de ella, logran a lo mejor, una identidad de esa índole.

Pienso que el humanismo que puede tener la universidad, es la posibilidad de la capacidad de observar al otro, con observación de segundo orden, y tratar de comprender la diferencia, y no de rechazarla, ni de asimilarla sino de comprenderla. Sabiendo que siempre estamos o actuamos en el nivel del mundo de vida, en una observación de primer orden. Cuando pasamos del espacio académico al espacio del conocimiento, entramos a una observación de segundo orden, de ese modo sabemos que lo nuestro no es lo único. Creo que caminamos y hacia allá va la religión, al concepto de misterio –no misterio, o sea, lo que vamos a llegar a entender, o que más bien, yo entiendo es que no entendemos. Es decir, que hay un espacio de misterio, al que tenemos que respetar, y no tratar de explicar.

David García Junco

Creo que la palabra humanismo tiene la gran ventaja de que puede generar un gran consenso, pues de cualquier manera, todos entendemos de una u otra manera el humanismo. Al mismo tiempo esa es su gran debilidad. No hay una definición clara. Creo que el enfoque de Paco, de poner al humanismo en contexto, digamos, de adjetivar al humanismo, nos ubica en tratar de generar un punto común, acerca de qué se entiende al menos en ciertos contextos históricos.

En términos de la universidad me parece que el humanismo se puede entender, como tolerancia, por ejemplo, a través de los objetivos que se plantea la universidad. Tenemos que ser una institución tolerante, incluyente, respetar la diversidad. A diferencia de lo que decía Montoya, yo creo que cuando uno tiene objetivos no tiene que demostrarlos (a pesar de que yo mismo vengo de una tradición positivista). No hay definición con respecto al objetivo que nos hemos puesto de ser tolerantes, ¿para qué la demostración? Con respecto a Javier, no sé si estoy muy de acuerdo con la crítica a Nozick, pero sí en aquello de retomar a Rawls, en lo que atañe a la redistribución y la pobreza. Se hace una sugerencia tomando a Dworkin, con lo de la igualdad en los talentos: ese es un punto complicado sobre todo si creemos que lo de los talentos es una asignación que queda fuera de los atributos o las imperfecciones de la organización social. Por ejemplo, si nacemos con ciertos talentos, ¿queremos como sociedad tratar de compensarlos y de generar un igualitarismo de los talentos?

Iñigo Pintos

No tengo muy claro si entendí bien, entendí poco o no entendí. Quisiera atribuir mi falta de claridad a que nos desglosaba, Paco en su primera intervención con una alta filigrana el planteamiento de lo humano y el humanismo, del hombre, sus implicaciones culturales y demás, me preguntaba conforme lo escuchaba y conforme escuchaba la réplica de Javier ¿qué pasa con el asunto de la muerte?; porque si el humanismo a primera vista, parecería, muy evidente y una vez que plantean el problema desde las reflexiones filosóficas se ve que no lo es, me parece que por razones similares, también culturales, históricas y de una evolución del pensamiento, y de diferentes posturas filosóficas y antropológicas, y hasta físicas, en término de las leyes que rigen la naturaleza, quizá valdría la pena hacer una especie de reflexión sobre la muerte, para poder , terminar el ciclo . Engarzo mi comentario con lo que nos comentaba Perla, que nos hablaba de este ecologismo, vinculado hacia el asunto de la vida, y bajo esa perspectiva, que nos lleva al asunto de lo humano y del humanismo, para hablar de vida debemos hablar de muerte.

Javier Prado Galán

Alberto nos habla de una necesidad de demostración, la comparto totalmente. Hay que “demostrar”, aunque estemos en medio de unas ciencias del espíritu, o como quieras llamarles. Sin embargo tú quisiste, sin demostrar, apostar por la auto constitución histórica. Demostrar es contra argumentar; por poner un ejemplo creo que Skinner y Watson, conductistas, y Wilson, sociobiólogo, demuestran el asunto de la libertad. Prueban lo contrario. Comparto contigo la idea, pero hay que profundizar el asunto de la libertad: por ejemplo, ¿es espontaneidad inteligente?, bueno, demuéstalo.

Con respecto a lo que dijo Perla, a esa transmutación humanismo-ecologismo, le veo el riesgo de caer en la “ecolatría”. Voy a subrayar mis diferencias con el concepto de libertad, de Baruch Spinoza que estaría emparentado con el ecologismo. Cuando Spinoza dice que la libertad es conciencia de la necesidad, entonces estoy admitiendo que es mucho menos que lo que acepto como creencia, es decir, que es espontaneidad inteligente. Tengo que admitir mucho menos, porque la posición es netamente panteísta, y la diferencia entonces, entre los seres humanos y los seres vivos sería sólo cuantitativa y no cualitativa. Se concedería demasiado, en mi opinión, con la “ecolatría”.

David dice que precise un poco más lo del liberalismo-igualitarista. Lo único que decía era que recreemos la propuesta de John Rawls. No voy a presentar la teoría de la igualdad de recursos de Dworkin, simplemente creo que quien lo haga, sea Dworkin, sea Cohen, no debe olvidar nunca, en ese liberalismo va a estar propugnando, el principio de la diferencia que tanto defendió John Rawls. Porque el principio de la diferencia que se fija en los menos aventajados de esta sociedad, es la clave para que ese liberalismo siga siendo igualitarista.

Por último, en relación a las inquietudes de Iñigo, coincido con él. La muerte, como decía Unamuno, es la gran igualadora, y como tal, nos cuestiona todos los humanismos que queramos aquí defender o esbozar. Todos nos morimos, aunque la diferencia sea con los seres vivos, que nosotros lo sabemos y ellos no, o creemos que no lo saben. La otra gran diferencia es que nos vamos a morir, pero no nos la creemos.

Francisco Galán

Una primera cosa que yo quisiera decir es que si alguien presenta una ponencia, la discusión debe ser en torno de esa ponencia. Creo que es un defecto, que como universitarios siempre hablamos de otras referencias, y no hablamos entre nosotros. Le agradezco el texto a Javier, porque se siente uno escuchado. Es elogioso que alguien lea el texto de uno. Normalmente uno escribe un texto, para poner en su currículum que ha escrito un texto, pero es muy triste que nadie lo lea, que nadie platicara de él, que nadie le diga “oye, esta idea es muy mala”. Ahora tengo el defecto, de que, como ustedes me conocen, como soy de aquí, “no merezco” que discutan las ideas, que tampoco son mías, pues no soy Rawls o Habermas. Pienso que es parte del problema. Nosotros como Universidad Iberoamericana si decimos ser humanistas debemos preguntarnos qué es eso. Como metodología, creo que es más racional, platicar unos con otros. alguna vez diseñé un seminario de epistemología, un seminario de ética social, y observé que ahí había gente a la que le gustaba tal o cual autor, al que consideraban el mejor. Decidí entonces, vamos a tomar a Subiri, a De Certeau, a Derrida: vamos a leerlos. Leí durante cinco semestres todo aquello y nunca leímos a Lonergan. Sin embargo, todo el mundo habla mal de Lonergan y nadie lo ha leído.

Quisiera que pensáramos si es correcto creer que podemos asumir esos retos. Por ejemplo, de la respuesta de Javier, la parte de ética social honestamente no la conozco.

Soy muy malo en el tema. Javier ahí, es una autoridad, ha leído más, ha trabajado más. Aquí hay muchos profesores que tienen una postura ética social. Recuerdo una vez que se organizó un evento de “ética en los negocios”, por el Camino Real, y hubo un debate de Luis Vergara con Javier Torres en torno a Luhmann. Me enojó que finalmente cuando se trató de ver quién iba a hablar en la conferencia magistral, de ética social, se invitó a Héctor Zagal de la Panamericana. Pero ¿por qué? si la Ibero tiene clases de ética social, en las diversas clases hay maestros hablando de ciertas posturas normativas, (no de “una postura”, no comulgo con la idea de un mismo credo). Entonces ¿por qué no los profesores que dan ética social, por qué no platican entre ellos?

De la réplica de Javier, la parte de la crisis de sentido, estamos de acuerdo. Como Ibero, no excluimos, claro está, a los ateos, pero pienso que nuestra propuesta incluye el rescate de la dimensión trascendente. Tal es nuestra tradición ignaciana.

He presentado en “un bloque”, ideas que ya se han tocado en el seminario. La parte del “profesor pedante” me gusta muchísimo. En cuanto a Bergson, creo que tal vez yo no fui muy claro. Otra vez: no busco defender un autor en especial; lo que digo es que necesitamos en todas las áreas, personas que tengan amor por el conocimiento y en primer lugar por el conocimiento de su campo. No estamos contra la especialidad: necesitamos un diseñador gráfico, por ejemplo, excelente en su campo. Pero para que yo le llamase “humanista” a ese profesor, no bastaría con la especialización: además, debería tener un espíritu filosófico, de buscar dialogar con otros colegas. A eso yo le llamaría espíritu humanista: escuchar de a de veras lo que el otro le dice, y leer al autor que el otro quiere, respetar al otro. Una vez tuvimos un seminario con Javier Torres de constructivismo, y a los tres minutos que Javier estaba hablando, ya alguien levantaba la mano para decirle que estaba equivocado. No puede ser que vayamos a una conferencia a justificar, por ejemplo, “porque yo no tengo que leer a Luhmann”. Eso no es una actitud teórica, ni un aprecio por el saber. Eso es miedo, es ganas de conservar la propia posición. Necesitamos profesores que se tomen en serio el conocimiento y que se abran, sin descuidar su campo, a otros.

Guillermo Fernández

Mi primera reflexión con respecto a lo que dijo Paco: él menciona una serie de cortes en el humanismo. Pero me parece que desde la perspectiva de la ciencia, todo se dice desde el humanismo. Me gustaría hacer una analogía: cuando hablamos por ejemplo, de un humano, hablamos de un ser que está constituido además, de un montón de animales, - que no son células del humano- bacterias, hongos..., creo que en parte, se nos olvida que la conciencia, está forjada a lo largo de la historia, por el medio ambiente, por las características particulares del planeta, por la forma en que ha sido guiada con todas sus vicisitudes, y sus cuestiones particulares, contingentes. ¿Qué tanto depende nuestra forma de ser, de ese medio particular? Es decir, salgamos del “hombre” y veamos un poco desde fuera.

Con respecto a lo que tú mencionabas: hay una gran especialización, pero no hay unidad. Me parece que sí y que no: pensemos cuando dos células se unen, un espermatozoide y un óvulo, para dar lugar a un nuevo ser humano. Al principio son células casi indiferenciadas, prácticamente iguales, viene el procedimiento y empieza una gran diferenciación, con el tiempo este proceso comienza a constituirse en órganos altamente diferenciados, especializados, capaces de realizar funciones increíbles, como el caso del cerebro. Sin embargo, cuando nosotros hablamos de cada uno de nosotros, normalmente no digo “mis células o mi cerebro están opinando”, ni digo “tales aspectos de mi forma de pensar o mis prejuicios son los que están opinando”. Hablamos

de una unidad. ¿No podríamos intentar verlo desde esa perspectiva? Me parece que la aportación que hizo la maestra Chinchilla, desde la perspectiva budista, es muy interesante, pues se nos olvida que hay otras tradiciones, y que pueden ser quizá hasta más aventajadas en algunos aspectos que se nos escapan. Parece que desde otro punto de vista, no salimos de una tradición occidental. Lo humano, involucra todas las culturas humanas. Me gustaría pensarlo desde esa perspectiva, que probablemente nos lleve a una visión unificada sin perder la especialización, sin perder la diversidad. La ingeniería, en los últimos tiempos, por ejemplo, ha tenido su más grande inspiración en la biología. ¿No podría el humanismo inspirarse un poco en el medio ambiente, en lo ecológico, en los otros seres vivos, en el contexto en el que estamos, en el universo?

Alberto Sancho

Quisiera hablar como ingeniero, en el sentido de que voy a tratar de simplificar, a fin de que sea útil para comunicar a la comunidad en general.

Cuando estamos hablando de humanismo, lo hacemos con fines de nuestra pedagogía, es decir cuál debe ser la forma en que enseñemos a nuestros alumnos. Cuando digo simplificar imagino que estamos hablando de un humanismo cristiano, a sabiendas de que nos interesa la apertura, pues estos son los fundamentos de la universidad. Como componente del humanismo cristiano creo que es el de tomar en cuenta siempre el bien del hombre ante cualquier decisión profesional. Queremos que cuando el alumno vaya a decidir cualquier cosa, sea un ingeniero, un filósofo, un economista, tome en cuenta el bien del hombre, ante otra cosa. Ese es el humanismo, así es como me lo imagino. Debido a que se trata de un humanismo cristiano, creo que el humanismo en ese sentido tiene que ver con la trascendencia. Yo lo veo al humanismo como tomar en cuenta el bien del hombre ante cualquier decisión que enfrentarán nuestros egresados.

Lo de Paco lo observo como en cierta manera, más que la descripción del humanismo, lo que presentaste fueron los valores, o algunos de los valores, acordes al humanismo cristiano, que en cierta manera concuerdan con los valores e ideologías tradicionales de la Ibero. Es una realidad, que se requiere una apertura intelectual, la búsqueda de la justicia social, que se busca tomar en cuenta la trascendencia y la crisis de sentido, y de esa manera hacerle ver al alumno que ha de tomar en cuenta el hombre ante cualquier decisión. Creo entonces que los valores deben verse como los elementos que caracterizan, al humanismo más no es en sí el humanismo, como aquello que mira hacia el bien en relación a la decisión. A fines de comunicar, esto es importante, en el sentido de transmitir estas ideas a la universidad en general. La filosofía “profunda”, como la que se ha discutido hoy, permite demostrar el por qué de estos elementos y al mismo tiempo refinar, y completar estos valores que en su esencia son perseguir el bien de la persona.

Arturo Sáenz

Lo que más me motivó a asistir a la reunión de hoy, fue precisamente el tema del artículo que leí con detenimiento, como un disparador para la reflexión que presenta Paco. Lo que yo buscaba en el artículo y en la presentación, y en el intercambio que pudiésemos tener ahora y que estamos teniendo, era esta vinculación entre lo que dice el título de su ponencia, “Humanismo y Educación”, y aquello que muy sugestivamente propone para las universidades del siglo XXI. Eso es muy atractivo. Es riquísimo el repaso de *los* humanismos, es muy importante subrayar eso, como diferentes perspectivas teóricas y filosóficas en la historia. Y que no se detienen ahí: va a haber

muchas más, que nos harán caer en una enorme perplejidad y admiración, y eso es lo más interesante. Me parece que falta trabajar –y me hubiera gustado escucharlo, quizá más adelante se dé en un artículo – el tejido sobre este término de educación, y luego su vinculación con las diferentes perspectivas de los humanismos. La gran dificultad que tenemos cuando hacemos los seminarios es que tejemos en la dimensión de la abstracción, de la teoría que si bien es muy bueno, (porque nos lleva a los límites y más allá de la reflexión), se nos hace difícil pasar a la operación: cómo se traduce lo que aquí se dice, en una universidad como la Iberoamericana, desde qué humanismo, desde qué perspectiva educativa o teoría educativa o filosofía educativa que a su vez respalda cuál humanismo.

Me gustaría que Paco nos expresara cuál es este posicionamiento, cuál esta visión, esta teoría, esta filosofía de la educación en la actualidad, (sin irnos hasta Platón, como hacemos a veces, y pasarnos por todos los filósofos que hicieron algún aporte a la teoría educativa). Cuál es esta perspectiva que nos podría llenar de ideas en términos de un posicionamiento desde la universidad Iberoamericana, iluminándonos a través de esa reflexión, sobre una vinculación entre humanismo y educación, y ver desde qué lugar hacerlos operativos en nuestro espacio.

Perla Chinchilla

Lo que trataba yo de decir con esta capacidad de entender al humanismo como la capacidad de comprender al otro, y de explicar el por qué de la diferencia, va en relación a lo que Paco ha dicho (cuando él se refiere a aquél que es humanista, etc.). Además de preguntarnos qué es el humanismo, podríamos hacer un trabajo histórico, observando nuestro humanismo en la Iberoamericana. Creo yo que hay una definición de humanismo propia de la Ibero, un poco en los términos que decía David. Mi experiencia desde que fui alumna (entré aquí en el 68), y después al pasar por todos los niveles, ha sido la de percibir que a mí la universidad me ha permitido decir lo que he querido. Nunca he tenido ninguna cortapisa, nunca he tenido ningún rechazo a lo que digo, y ello contiene un valor que creo que no hemos sabido ver. Para mí, ese es el humanismo de la Iberoamericana. En la etapa que vivo ahora, tal vez pueda definirlo, como la posibilidad más que de enseñar de escuchar a los muchachos, de escuchar a los egresados, y en términos similares a los “mayéuticos”, descubrir qué es el humanismo para ellos, y hacerlo juntos.

Lorena Álvarez

Quisiera compartir algunas cosas a las que me llevó a reflexionar la lectura del documento *Humanismo y educación: una propuesta para las universidades...*; las comparto porque siento que este espacio es justamente para eso, para ir construyendo una visión compartida, hacia dónde debemos ir, cuáles son nuestros ideales como universidad. Encontré unas ideas que por lo mismo que son sencillas, son muy lindas: una de ellas con respecto al “reto intelectual”. Me encantó la idea de Paco de decir que es humanista no aquél que estudia filosofía o historia, sino aquél que tiende a “redescubrir el asombro, la humildad, el misterio, el afán de colaborar en la aventura humana del conocimiento”

Creo que si nosotros como profesores, podemos situarnos “en esa onda”, somos humanistas, y también, si podemos despertar eso en nuestros alumnos.

En cuanto al “reto de la responsabilidad social”, me gustó la propuesta de Paco, de “colocar a los pobres en el centro del discernimiento de nuestros planes universitarios y

de nuestros proyectos de investigación.” Pienso que como universidad esto es algo que debemos tener: cómo empezamos a hacer aportes, a buscar soluciones a problemas que encontramos en la actualidad, desde cualquier carrera. Qué es lo que tenemos que aportar, cómo nos situamos para buscar la equidad.

En cuanto al “reto de la crisis de sentido”, como también lo dijo Alberto, creo que, independientemente de la religión, debemos transmitir el sentido de trascendencia: ¿cómo inculcamos a nuestros alumnos, el que dejen huella, independientemente de la religión; que nuestro paso por la Tierra es corto, pero que tenemos muchas cosas que podemos sembrar y perdurar? Eso es algo con respecto del humanismo con lo cual me siento identificada.

Finalmente, en la parte del “reto pedagógico”, me encantó aquello del cómo extraer de adentro lo mejor de nuestros alumnos, ¿cómo despertamos en ellos la capacidad de asombro?

Son pues, ideas sencillas, expresadas de un modo muy bonito, y que yo comparto.

Javier Prado Galán

Quiero aprovechar dos de las intervenciones para filtrar un “par de comerciales” que tienen que ver con el seminario. En relación a lo que dijo Guillermo Fernández, acerca de este asunto que presentaba Paco de las especialidades y la cultura diferenciada, etc., les anuncio que tendremos un encuentro sobre las disciplinas aquí en la universidad, lo íbamos a tener en mayo, pero se nos complica, porque se nos acaban las clases, así que lo hemos pasado para agosto. Espero que en esa reunión toquemos todos los puntos que tienen que ver con disciplinas, interdisciplinas, transdisciplina, especialización, enciclopedismo, etc.

En relación a lo que decía Arturo, acerca de la universidad frente a los retos. Hemos estado hablando de los retos, hoy hablamos del humanismo. En el tercer ciclo de la Universidad sin Condición, espero que volvamos a concentrar la mirada en la universidad, y tomando en cuenta lo que decía Arturo, en referencia a este tema de la educación. Todo dependerá de Germán Plascencia para rediseñar este tercer ciclo, que mirará ahora no tanto a los retos, sino más directamente a la universidad, pues hay muchas cosas de las que tenemos inquietud y que están quedando pendientes.

Francisco Galán

A mí me queda solamente darles las gracias. Me parece que hubo un quórum muy digno, muy suficiente. Me puedo morir esta noche. Con la muerte, como digo en el artículo, (y ese es el reclamo del existencialismo humanista), se resaltó la dignidad de la palabra, la dignidad del momento, del tiempo, de este momento. Agradezco de veras que Javier, que es un gran pensador, que es el vicerrector, haya leído mi artículo.

Germán que no replicó, ha estado callado, escuchando, se lo agradezco mucho. En fin, agradezco mucho que hayan venido, y ojalá sigan asistiendo. Conservemos este espacio, escuchándonos, y pensando lo que vamos a decir.

Muchas gracias.